

¿LITERATURIZAR EL PERIODISMO O NOVELAR LA REALIDAD? UNA PERSPECTIVA A LA HIBRIDACIÓN DISCIPLINARIA Y A LA TRADICIÓN DEL PERIODISMO LITERARIO

¿LITERATURIZAR EL PERIODISMO O NOVELAR LA REALIDAD?

AUTOR: Jeovanny Benavides Bailón¹

DIRECCIÓN PARA CORRESPONDENCIA: jeovanny14@gmail.com

Fecha de recepción: 10 - 01 - 2016

Fecha de aceptación: 21 - 02 - 2016

RESUMEN

Las fronteras entre periodismo y literatura son cada vez más difusas. La simbiosis entre ambas disciplinas ha generado una nueva manera de concebir el periodismo y también la literatura. Incluso la concesión del Premio Nobel de Literatura 2015 a la reportera y escritora bielorrusa Svetlana Alexiévich por su trabajo periodístico puso en tela de debate la hibridación que tratamos en el presente texto. Periodismo y literatura pretenden narrar qué sucedió, las actitudes de un personaje en un sitio determinado. Hay una relación filial que se encuentra presente, sobre todo, en géneros como la crónica y el reportaje. Contar la realidad con herramientas de la ficción no es nuevo, pues posee una tradición relevante. El periodismo literario pretende ser el marco que permita enfocar una orientación específica hacia el estudio de relatos que emplean mecanismos y recursos expresivos propios de la ficción narrativa y que simultáneamente conserva el carácter informativo de los textos rigurosamente periodísticos.

PALABRAS CLAVE: periodismo; literatura; relaciones; tradición.

LITERATURIZING JOURNALISM OR NOVELING REALITY? A PERSPECTIVE TO DISCIPLINARY HYBRIDIZATION AND THE TRADITION OF LITERARY JOURNALISM

ABSTRACT

The boundaries between journalism and literature are more diffuse. The symbiosis between both disciplines has created a new way of conceiving the journalism and literature. Even the award of the Nobel Prize for literature 2015

¹ Doctor en Comunicación. Profesor principal en la Facultad de Ciencias Humanísticas y Sociales de la Universidad Técnica de Manabí. Ecuador.

reporter and Belarusian writer Svetlana Alexiévich for his journalistic work debate questioned the hybridization that we discussed in the text. Journalism and literature to narrate what happened, the attitudes of a character in a given site. There is a subsidiary relations that is present, especially in genres such as the Chronicle and the report. Counting reality with fiction tools is not new, as it has a relevant tradition. Literary Journalism aims to be the framework that allows you to focus on a specific orientation towards the study of stories that employ mechanisms and expressive resources of narrative fiction and which simultaneously preserves the informational nature of the strictly journalistic texts.

KEYWORDS: journalism; literature; relations; tradition.

INTRODUCCIÓN

¿Qué es la literatura?

Esta es una pregunta que ha estado presente a lo largo de los estudios literarios. Como ocurre con algunas actividades de los seres humanos, la literatura es una disciplina que no cuenta con una concepción que sea aceptada de forma unánime y universal. Incluso su etimología puede dar lugar a confusiones. La palabra como tal proviene del latín *literatura*, término derivado de *littera*, es decir, letra. Esto puede hacer creer que únicamente abarca creaciones literarias escritas con letras, lo que recibimos como lectores frente a un libro, manuscrito o impreso. Sin embargo, y como bien explica Barthes (1994), un texto no está constituido por una fila de palabras, de las que se desprende un único sentido, sino por un espacio de múltiples dimensiones en el que se concuerdan y se contrastan diversas escrituras, ninguna de las cuales es la original: el texto es un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura. En este sentido, la literatura ha rozado diversas disciplinas del conocimiento. Una de ellas es el periodismo, convertido desde sus orígenes en uno de los caminos que encontró la literatura. Se trata de una hibridación disciplinaria conocida como periodismo literario y que cuenta con una gran tradición. Tanto periodismo como literatura son disciplinas humanísticas y comparten la misma materia prima: el lenguaje, lenguaje que las emparenta, lenguaje que las une prolíficamente. En este sentido, lo que pretendemos dar cuenta en este trabajo es la relación existente entre periodismo y literatura, su tradición, sus procesos de interacción y la consolidación teórica e histórica de ambas disciplinas.

La fecunda tradición periodística literaria

Aunque una gran parte de los textos generados por los medios de comunicación responden a las características que la academia y el sentido común popular les atribuyen –fungibilidad, evanescencia, presentismo, escasa o nula calidad estética–, el periodismo moderno ha ido perfilando durante el último siglo y medio una tradición propia, integrada por piezas que cabe considerar plenamente literarias (Chillón, 1999, p. 62).

En algunos casos es difícil separar la literatura de lo periodístico, sin embargo es evidente que la balanza se inclina por lo literario. Tradicionalmente se ha pensado que por un lado los textos literarios tienen el carácter de ser ficción, mientras que el periodismo se basa en “un método de interpretación sucesiva de la realidad” (Gomis, 1990, p. 38). Pese a ello, en estas dos disciplinas las fronteras son cada vez menos definidas, porque existen dosis de ficción y de realidad en el texto redactado por periodistas y en el relato literario.

Géneros como el reportaje y la crónica han adquirido rasgos propios de relatos literarios. Pero no sólo ellos, la tendencia abarcó también al propio periodismo informativo. Por esta influencia es que algunos autores se han referido a la tendencia a novelar el reportaje y a la literaturizar el periodismo, lo primero permite cumplir el deseo del lector de novelas: es decir que los protagonistas del relato sigan vivos una vez finalizado el mismo.

Thomas Berner (1986) ideó el concepto *literary newswriting*, de origen neoperiodístico y basado en la creación de un producto periodístico que “supone el matrimonio en la escritura periodística entre la documentación a fondo y las técnicas literarias” (p. 2). Con ello se asumía que cualquier técnica literaria empleada constituye parte de una dimensión estética y se admite su uso mientras tanto el texto informe y guarde fidelidad con lo acontecido.

En esta línea propuesta por Berner, el empleo de técnicas y recursos literarios por parte de los periodistas es antiguo. Es una práctica que surgió con el periodismo. En este sentido académicos como Acosta Montoro (1973) sostienen que la relación entre ambas disciplinas tiene su origen en los autores del siglo de oro español e incluso aseguran que “las vinculaciones entre la literatura y el periodismo han existido desde que aparecieron los periódicos” (p. 23).

La frontera entre periodismo y literaria está marcada por la exigencia que tiene el primero de constatar cada dato, cada detalle, cada afirmación de los sucesos que registra. El periodismo emplea recursos, técnicas literarias y procedimientos narrativos propios de la ficción para construir una historia que agrade más al lector, que lo seduzca y mantenga su interés a lo largo del relato, no utiliza estos recursos para mentir en detalles, forjar todo un mundo falso o disimular vacíos en la reportería de un periodista; mientras que la literatura no requiere de veracidad, pues se construye a partir de la verosimilitud, que es diferente. También se ha distinguido cómo en la literatura está presente la ficción y en el periodismo no. En el momento en que se hibridan ambas disciplinas surge el periodismo literario.

La ruptura con el realismo y el empleo de procedimientos narrativos propios de la literatura en el reportaje

A fines del siglo XIX e inicios del XX las relaciones entre periodismo y literatura se fortalecieron. Esta conexión se desarrolló cuando ambas disciplinas emplearon técnicas y procedimientos narrativos una de la otra. Tanto el periodismo como la novela moderna nacen prácticamente de forma simultánea.

La relación interdisciplinar se da en especial con el reportaje y la novela realista.

El periodismo considerado informativo surgió durante la revolución industrial y prevaleció en las últimas décadas del siglo XIX. La prensa servía por entonces como el lugar en el que se socializaba la racionalidad, la ilustración y la cultura. Durante las últimas décadas del siglo XIX se impuso el estilo doctrinario de los primeros periódicos de masas. Surge luego la Revolución tecnológica de los medios de impresión en la segunda mitad del siglo XIX hasta el fin de la I Guerra Mundial en 1919, entonces los periódicos se convierten en empresas con una mercancía a ofertar: la información.

La vanguardia pretendió una ruptura con el realismo y buscó, según Lukács (1989), renovar todos los lenguajes artísticos. Por ello, los novelistas de principios del siglo XX realizan una ruptura con el realismo e indagan en la conciencia, la subjetividad y la memoria. Esto es posible percibirlo en Joyce, Proust y en Virginia Wolf, porque si bien hay un contexto en las obras de estos tres escritores su principal preocupación es analizar nuevas zonas del conocimiento, cuestionarlas y buscar manifestarlas mediante la palabra escrita. Paralelo a ello, los formalistas rusos son los primeros en analizar los estudios literarios como actividad científica.

En la Escuela de Bajtin, hacia 1930 y 1970, hay una evolución de este tipo de criterios, pues recibió una importante influencia del marxismo al considerar que no era posible separar el lenguaje de la ideología. También los seguidores de este crítico, Medvedev y Voloshinov incluidos, analizan el lenguaje como un fenómeno social al considerar que los signos verbales son el escenario de la lucha de clases.

En el caso del periodismo, se brinda la oportunidad de obtener diversos planteamientos expuestos en la naturaleza de la escritura, sobre todo con la tendencia a la desaparición de las fronteras entre ficción y no-ficción, que empezó a darse ya con los periódicos, suplementos dominicales y magazines del siglo XIX y cristalizó con la consolidación de la prensa de masas a finales del siglo XX:

A través de las news-stories y de las fiction-stories, los periódicos se convirtieron en la gran literatura de la sociedad de masas. Para despertar el interés de audiencias multitudinarias, la prensa tuvo que apropiarse astutamente de muchas de las convenciones de representación de la realidad acuñadas por la literatura de ficción (Chillón, 1999, p. 187).

En el contexto contemporáneo se borran cada vez las fronteras entre hechos y ficciones, entre el periodismo y la literatura y se difuminan los límites que dividían las categorías epistemológicas de ficción y de la denominada “no ficción”, producto de ello ha nacido una fusión entre la novela y el reportaje tradicionales que dispone de las más variadas denominaciones: novela de no ficción, reportaje novelado, novela reportaje o novela documental.

Hacia las primeras décadas del siglo XX el reportaje como género periodístico alcanzó un evidente desarrollo. Paralelo a este género también se consolida la novela realista. Etimológicamente la palabra reportaje proviene de la raíz latina *reportare* –de *re* + *portare*– y quiere decir “traer una noticia”. El término inglés *reporters* lo usó por primera vez Stendhal en 1829, pero fue años más tarde, en 1865, cuando surge la derivación francesa *reportage*, que más tarde se adaptó al español. El reportaje se encuentra vinculado a la prensa de masas y ha tenido a lo largo de su desarrollo y evolución una cultura literaria tradicional.

Al respecto, algunos teóricos como Gonzalo Martín Vivaldi (1973) hacen referencia a la connotación literaria que posee y sostienen que el reportaje es un relato periodístico, esencialmente informativo, libre en cuanto al tema, objetivo en cuanto al modo y redactado preferentemente en estilo directo, en el que se da cuenta de un hecho o suceso de interés actual o humano y además menciona que es “una narración informativa, de vuelo más o menos literario, concebida y realizada según la personalidad del escritor periodista” (p. 65).

Un género que tuvo un importante rol en la aparición del reportaje moderno fue la crónica, en su modalidad de crónica de viajes, en la que reporteros visitaban múltiples lugares y narraban sus experiencias. Ernest Hemingway o John Dos Passos, fueron solo algunos de los escritores estadounidenses que cultivaron este género.

A fines del siglo XIX se realiza uno de los primeros reportajes en Europa. Fue el periodista Thomas Stead (1884) quien escribió para el *Pall Mall Gazette*, un diario de Londres, un informe sobre la prostitución en esta ciudad. Sin embargo, otros estudiosos consideran que fue en Estados Unidos, muy próximo al siglo XX, cuando se origina el reportaje moderno.

La importancia del reportaje radica en que su desarrollo ha propiciado también la evolución de otros géneros y su emparentamiento con la literatura. Así lo explica el estudioso Acosta Montoro:

El reportaje es el género periodístico que más influye en todas las manifestaciones de la comunicación. En todo tiempo la forma especial de la época admite el reportaje como forma expresiva. Y así hay crónica-reportaje, historia-reportaje, novela-reportaje, teatro-reportaje, cine reportaje... (Acosta Montoro, 1973, p. 67).

Varios maestros de la literatura emplearon técnicas y procedimientos narrativos propios del reportaje para la realización de sus novelas, así constan los casos de autores como Charles Dickens, Daniel Defoe, Leonardo Sciascia, entre otros.

La simbiosis periodismo y literatura, como se ha mencionado anteriormente, no es reciente. No obstante, cabe destacar la considerable relevancia que ha ejercido sobre variados ámbitos del periodismo. Un ejemplo de ello es la relación entre ambas disciplinas presente en los textos del escritor estadounidense John Dos Passos (1927), especialmente en sus escritos sobre dos hombres (Sacco y Vanzetti) condenados a muerte, que ayudó notablemente

a fortalecer el periodismo literario al crear un nuevo tipo de novela realista en la que no se podía distinguir la frontera entre ficción y hechos reales.

En esta línea también hubo grandes reporteros que cultivaron géneros híbridos a medio camino entre la literatura y el periodismo, una de estas mixturas es el reportaje novelado. John Reed (1911) es el más destacado representante de esta modalidad en sus publicaciones en la revista *The Masses*. Sus reportajes se escribieron empleando procedimientos narrativos y técnicas que fueron sacadas de la novela realista, como sus dos reportajes novelados más destacados: México insurgente, publicado en 1914 y Diez días que estremecieron el mundo, difundido en 1919. Estos textos se caracterizaban por ser simultáneamente documento testimonial y biográfico.

Otros periodistas cultores del reportaje novelado fueron Djuna Barnes, el periodista y novelista ruso Ilya Ehrenburg, George Orwell y el mismo Ernest Hemingway. En este último, sus obras constituyen un invaluable aporte de interés testimonial y documental, como por ejemplo “Por quién doblan las campanas” escrita en 1940 y ambientada en la Guerra Civil Española, y son una muestra de la relación exitosa y fructífera entre literatura y periodismo, pues en sus novelas narra experiencias reales y muestra ambientes y escenarios verdaderos. Además de ellos también se destacaron Rudyard Kipling, Nathaniel Hawthorne, Edgar Allan Poe, Stephen Crane, Theodore Dreiser, John Steinbeck, George Bernard Shaw, Henry Morton Stanley, Herbert George Wells, Ambrose Bierce, Sherwood Anderson, entre otros. En su mayoría ellos tratan temáticas ajenas a las agendas tradicionales de los medios de comunicación de la época.

La posficción, el auge del Nuevo Periodismo: la hibridación de géneros y el desarrollo del periodismo literario

Hacia la segunda mitad del siglo XX, la tendencia se orienta hacia la fascinación por la realidad. Lo que se empezará a llamar por teóricos como Steiner (1982) como la “poética de la postficción”. Desde la perspectiva de este autor, la posficción o “poética del documento” ha tenido diversas y notables manifestaciones y también se evidencia en las relaciones entre literatura y periodismo. Sostiene que en este género característicamente contemporáneo que podría llamarse «alto periodismo», las técnicas heredadas de la novela juegan un papel decisivo y que, por ello, “a mirada del periodista político y social es heredera directa de la mirada del novelista” (p. 105). Y añade que en este punto de la cultura occidental hay una masa de no ficción cuyas cualidades particulares de viveza dramática e instancia psicológica derivan del hecho de que tiene a sus espaldas la mejor época de la novela.

Esta nueva tendencia se encontraba opuesta radicalmente a la separación de géneros y estilos como ensayos, reportajes, libros de viajes, autobiografías, no ficción novelada, dietarios, entre otros. Era evidente que la fructífera relación entre periodismo y literatura se veía fortalecida con la mezcla de los géneros. Por ello, según Steiner, la tendencia es apuntar a la hibridación de los géneros

y a mezclar la realidad con la ficción. Esa mezcla hace evidente la visibilización de lo que Arfuch (2002) denomina “la heterogeneidad constitutiva de los géneros, su estabilidad sólo relativa y el hecho de que no existen formas puras, sino constantes hibridaciones” (p. 55). Esta hibridez ha producido cambios considerables en la narración periodística y en la literaria.

La característica dominante de la actual escena literaria es la supremacía de la “no ficción” – reportaje, historia, polémica filosófica, ensayo crítico– sobre las formas imaginativas tradicionales. La mayor parte de las novelas, poemas y obras de teatro producidas en los últimos dos decenios no están, sencillamente, tan bien escritas como otras modalidades de la escritura en que la imaginación obedece al impulso de los hechos (Steiner, 1982, p. 28).

Como se ha observado, el estudio de las relaciones entre periodismo y literatura se ha iniciado desde hace algunas décadas, pero ha tomado vigencia y se ha renovado por tendencias que han impuesto actitudes y procedimientos como el denominado “Nuevo Periodismo” norteamericano hacia las décadas de 1960 y 1970 en Estados Unidos. Truman Capote (1965) había publicado su célebre obra “A sangre fría” y Tom Wolfe (1976) proclamaba que, con el surgir de un grupo de escritores habían fundado esta corriente que postulaba la introducción de recursos literarios en las técnicas periodísticas, y que esta forma de hacer periodismo es heredera de la novela realista de ficción del siglo XIX.

La principal reacción al periodismo objetivo, a la defensa de la objetividad periodística, fue la corriente denominada como el Nuevo Periodismo estadounidense en la década de 1960, el New Muckraking y la prensa underground y de contracultura, que arremetieron contra el concepto de objetividad, contra los esquemas de escritura característicos de la prensa anglosajona propensa a la construcción de noticias que presentan una visión de la realidad adoptando un estilo netamente impersonal.

Todo esto sucedía en un contexto de profunda reacción a modelos preestablecidos porque hacia 1960 y 1970, décadas en las que eclosiona el Nuevo Periodismo, el escenario político y socioeconómico estadounidense era de profunda tensión y el nacimiento de nuevas tendencias. La batalla entre lo nuevo y lo conservador se evidenció también en manifestaciones culturales como la música, el arte, la literatura e incluso el periodismo.

La investigadora mexicana María Fernández Chapou (2011) explica que hacia esa época prácticamente lo contrario se puso de moda y que lo convencional y lo progresista eran dos antítesis que se oponían desde casi todos los frentes, porque “la contracultura se erigió como un escenario para nuevos actores y nuevos argumentos que demandaban un cambio en los medios de información” (p. 3).

Intelectuales, jóvenes y estudiantes realizaban esfuerzos para romper con normas establecidas, que defendiera ideales sintetizados en lemas como el

famoso “Paz y amor”, que se escuchaba en todas partes en aquellos años de rock, drogas, liberación sexual y de importantes movimientos culturales y sociales. Esto en cierta medida empezaba a revolucionar el siglo XX. Algunos autores intentaron expresar estas manifestaciones sociales y artísticas a través de la literatura, pero muchos escritores adoptaron posturas academicistas que decantaba a los jóvenes y a buena parte de la sociedad estadounidense de la época. “Esto dejó el campo abierto para un género hasta entonces considerado menor en el campo de las letras: el periodismo. Y fue desde esa tribuna que numerosos escritores dieron voz a toda una generación y su trabajo se convirtió en el espejo de la contracultura. Nació así el Nuevo Periodismo” (Fernández Chapou, 2011, p. 4)

Algunos estudiosos consideran que el desarrollo de la contracultura requería un medio, una voz, una manera que la legitimara y esa voz era precisamente la prensa underground. Al respecto, Michael Johnson (1976) define tres categorías perfectamente diferenciadas y que se encuentran vinculadas al desarrollo del Nuevo Periodismo:

- 1) La prensa underground y las publicaciones estrechamente afines a ella;
- 2) libros o ensayos escritos en estilo periodístico por periodistas o, acaso de un modo más significativo, por gente que dentro o fuera del campo del esfuerzo literario ha formulado una respuesta directa, valorativa y por lo común participante a los acontecimientos de su mundo, empleando o inventando una voz periodística;
- 3) los cambios en los medios de comunicación oficiales que involucran nuevas y marcadamente distintas maneras de relatar y comentar los sucesos que les interesan (Johnson, 1976, p. 20).

Una de esas voces que surgió fue la prensa underground, que tuvo mucha influencia en el surgimiento del denominado Nuevo Periodismo. Entre las razones para ello puede destacarse la insubordinación y actitud crítica frente a los dogmas periodísticos predominantes hacia la mitad del siglo anterior.

Tom Wolfe (1976) cuestionaba la manera en que los reporteros de la época apprehendían la realidad y cómo decidían transmitirla. Este autor detalla en sus escritos una manera de narrar los hechos basada en la exploración de la cotidianidad de los entrevistados, en sus detalles, en la vida de los personajes y brindaba técnicas de escritura más próximas a la redacción de novelas que a las estrategias de narración periodísticas convencionales. Wolfe concibe el periodismo como proceso creativo y lo relaciona con la literatura y especialmente con la novela realista del siglo XIX. También enumera algunos ejemplos de reportajes novelados que se constituyen en el primer canon del periodismo literario estadounidense sobre esta tendencia.

Según Wolfe, los cuatro elementos necesarios para construir esta nueva forma de hacer periodismo son: la construcción dramática escena por escena, el uso del diálogo, la descripción de personajes, situaciones y ambientes, y el manejo literario del punto de vista. Asegura este autor que la construcción escena por

escena consiste en describir en detalle una escena y luego, como en el cine, saltar a otra y luego a otra; el registro completo del diálogo entre los personajes que implica "estar allí y tomar nota" cuando se producen los diálogos; el empleo del detalle significativo implica describir pequeños gestos, objetos, colores, etc. que existen en la realidad, para simbolizar el ambiente general donde se desarrollan los hechos o develar la personalidad de los entrevistados, y la utilización del punto de vista de los personajes, ya sea en todo el texto o en parte de él, para dar al lector la sensación de estar "en los pensamientos" de su personaje. Afirma Wolfe:

En este nuevo periodismo no existen reglas sacerdotales, en cualquier caso todavía no...Si el periodista quiere saltar del punto de vista en tercera persona a otro en primera persona dentro de la misma escena, o dentro y fuera del punto de vista de diferentes personajes, o incluso de la voz omnisciente del narrador al monólogo interior de otra persona lo hace (Wolfe, 1973, p. 53).

Antes de Tom Wolfe varios escritores publicaron reportajes novelados que en cierta manera se anticiparon a la tendencia denominada como Nuevo Periodismo. Entre ellos Gay Talese quien empezó a escribir historias reales sobre personas comunes, pero dotadas con técnicas literarias y estilo narrativo, para el *The New York Times* desde 1961. Sin embargo, la historia que le catapultó a la fama fue un perfil sobre Frank Sinatra al que tituló "Sinatra está resfriado" y fue publicado por la revista *Esquire* en 1966.

Aparte de lo estético y cambios estructurales o morfológicos de la estructura periodística contraria al periodismo ortodoxo, esta tendencia significó también la posibilidad de realizar profundas modificaciones en la forma de hacer periodismo y un rechazo evidente a la objetividad imperante en la mayoría de los medios de comunicación de la época. A criterio de investigadores como Martínez Albertos (1989) el significado profundo del *New Journalism* no está en sus innovaciones literarias, sino "en lo que tiene de grito subversivo contra un determinado concepto de la objetividad" (p. 167).

Al principio los textos de los nuevos periodistas se encontraban relegado en secciones dominicales y en las revistas especializadas. Ahí esta tendencia se desarrolló en su plenitud, particularmente en *New Yorker*, *Esquire* y *Rolling Stone*.

En España, el Nuevo Periodismo tiene figuras concretas entre los que destacan Mariano José de Larra. Lúcidos ensayos fueron publicados en la prensa de fines del siglo XIX y en el transcurso del siglo XX por célebres escritores como Leopoldo Alas, Miguel de Unamuno, Gabriel Miró, Azorín, José Ortega y Gasset, entre otros. También en España hay autores que en sus estilos hibridaron el periodismo informativo con técnicas literarias, entre ellos Pedro Antonio de Alarcón, Julio Camba, Corpus Barga entre otros. En esta misma línea más contemporáneos son escritores como Maruja Torres, Francisco Umbral, Juan José Millás, Rosa Montero, entre otros. Estos autores practican alguna

modalidad del periodismo literario y tienen en común que se encuentran influenciados por el Nuevo Periodismo estadounidense. En su mayoría ellos tratan temáticas ajenas a las agendas tradicionales de los medios de comunicación de la época.

Sobre este tipo de textos, los investigadores Sebastià Bernal y Albert Chillón (1985) establecen características en común, como la ruptura con los géneros periodísticos tradicionales, el empleo de variados puntos de vista narrativos como en el Nuevo Periodismo norteamericano, la aplicación de la técnica de la transcripción del diálogo en su totalidad, la descripción y el retrato global del personaje, en especial por medio de la prosopografía y de la etopeya, la huida del lenguaje estereotipado y la innovación estructural, variable en cuanto al tema, tratamiento, periodista, medio y público.

El término “Nuevo Periodismo” ha sido cuestionado y objeto de polémica en el ámbito estrictamente académico, por lo pretencioso, ambiguo y no del todo correcto. Tampoco es una definición del todo original, porque en 1880 el escritor inglés Matthew Arnold empezó a usar esta denominación refiriéndose a los cambios que tenían lugar en la prensa anglosajona. También la empleó Wenceslao Fernández Flórez en un artículo titulado así “El nuevo periodismo” y que fue difundido en el periódico ABC el 6 de noviembre de 1927. La expresión “Nuevo Periodismo” fue rebautizada como “Periodismo Literario” por Norman Sims en 1996.

Los orígenes del Nuevo Periodismo en América Latina: cronistas de indias, la crónica modernista y la influencia del Boom Literario

Referirse al origen del periodismo literario en Latinoamérica es remitirnos a las crónicas de Indias, que surgieron con la conquista y colonización de América a fines del siglo XV y a lo largo del siglo XVI. Se trata de textos históricos literarios, donde se juega claramente la investigación de los cronistas en esa nueva tierra, mezclada con una prosa hiriente y fantástica en sus descripciones de la fauna, la flora y las costumbres indigenistas: Algunos de los más representativos cronistas de Indias, fueron: Fray Bartolomé de las Casas, Fray Pedro Simón, Fray Bernardino de Sahagún, el inca Garcilaso de la Vega, Bernal Díaz del Castillo, entre otros.

Susana Rotker (1992) sostiene que lo que se conoce como Nuevo Periodismo nació no en Estados Unidos, sino en América Latina con autores como José Martí, Rubén Darío o Manuel Gutiérrez Nájera. Asegura que el primer equívoco es que el periodismo y la ficción son dos escrituras diversas. El segundo, que el primer puente entre ambos lo construyeron Tom Wolfe, Truman Capote y Norman Mailer con el nombre de Nuevo Periodismo. Asegura esta autora que fue a fines del siglo XIX cuando el periodismo y la literatura como instituciones iniciaron su separación del ámbito estatal y buscaron sus propios discursos acentuando las diferencias entre una y otra.

Las crónicas de Martí analizadas por Rotker muestran rasgos similares a los del Modernismo en poesía: expresividad impresionista, simbolismo, incorporación

de la naturaleza. Es por ello que la crónica nace con el modernismo. La época en que surgieron las figuras de José Martí, Rubén Darío y Manuel Gutiérrez Nájera se producía un cambio en los sistemas de percepción y expresión. De ser un mero reproductor el escritor pasó a ser también un creador.

Sostiene Rotker que a pesar de la importancia de las crónicas periodísticas para comprender una etapa fundamental de la cultura hispanoamericana, ese desinterés por parte de la crítica ha afectado no sólo la total valoración de la obra de Martí y Darío sino la de los escritores modernistas en general, como si su producción poética hubiera estado totalmente divorciada de sus textos periodísticos.

De esta manera lo que hace un poco más de doscientos años era “desclasado”, “impuro” o “marginal”, como señala Rotker sobre los textos de los modernistas latinoamericanos del siglo XIX, en la actualidad alcanza vigencia y es considerado como el boom del periodismo literario en América Latina. En la región esta forma de hacer periodismo se desarrolla notablemente en forma de crónica narrativa, porque éste es un género que nace precisamente con el modernismo, así lo señala Rotker y así lo empiezan a practicar destacados cultores del género. Modernismo y modernidad eran usados por Darío ya en 1888. En este contexto esta tendencia pretendía unir formas diversas y aplicar la dualidad como sistema, la escritura como tensión y punto de encuentro entre antagonismos: prosa y poesía, espíritu y materia, lo importado y lo propio, la literatura y el periodismo. Se generaban de esta manera lo que Martí definía como espacios de condensación o encuentros dialécticos donde formas diferentes se entrelazan y se relacionan.

Así como la imagen del centauro es el prototipo simbólico de la dualidad hombre / animal, la crónica se constituye en un espacio de condensación por excelencia, condensación modernista porque en ella se encuentran todas las mezclas, siendo ellas la mixtura misma convertida en una unidad singular y autónoma (Rotker, 1992, p. 45).

Mientras en las década del sesenta y setenta se desarrollaba el Nuevo Periodismo en los Estados Unidos, en América latina se desencadena el “Boom Latinoamericano”, fenómeno literario que visibilizó a esta región y que fue liderado por escritores como Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Juan Rulfo, Juan Carlos Onetti y Carlos Fuentes. La mayoría de los autores del Boom, encasillado no sólo en la literatura, incursionaron en el periodismo.

Ambas corrientes, el Nuevo Periodismo y el Boom Latinoamericano, están estrechamente vinculadas en la consolidación y formación del Periodismo Literario en América latina, acepción que es empleada en este trabajo de investigación.

Aunque algunos estudiosos de la historia de la literatura consideran que el Boom Latinoamericano sólo fue una estrategia editorial, este movimiento tuvo una considerable influencia en el periodismo. Incluso algunos autores

surgieron del campo de la literatura hacia la prensa gráfica, ubicándole a sus textos su estilo personal y voz propia, para narrar la realidad socioeconómica de sus países.

Desde la perspectiva del crítico uruguayo Ángel Rama (1985) el boom de la literatura latinoamericana fue un fenómeno de la sociedad de consumo en las que era posible el consumo editorial. A los autores de esta tendencia se los empezaba a ver como la novedad literaria del momento y también había la necesidad en el ámbito académico de estudiar este movimiento. Rama considera que distinguir al boom como un fenómeno distinto de la literatura latinoamericana contemporánea y aun de la narrativa actual, es, por lo tanto, una petición de principios metodológica, aunque “es igualmente legítimo interrogarse sobre los motivos de las operaciones reductoras del boom, porque se aplica a unos productos en desmedro de otros, ya que no es aceptable la candorosa concepción circulante lo que sólo se debe a la excelencia artística de ciertas obras” (p. 54).

La contribución tanto del periodismo a la literatura y viceversa es lo que teóricos como Chillón (1999) denominaron relaciones promiscuas. De este modo, nace la novela de no ficción, de la mano de Truman Capote, en Estados Unidos, y de Rodolfo Walsh en Argentina. Sus obras tienen propósitos disímiles, sin embargo, ambos se sirven de los recursos literarios para narrar sucesos reales con herramientas propias de la literatura.

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos pretendido señalar que en el área del periodismo hay una tradición plenamente literaria. Hemos revisado cómo esta tradición constituyó un significativo aporte para la conformación de la novela moderna, transformando el valor social que tiene la literatura, al principio con el origen y popularidad de la novela realista del siglo XIX y posteriormente con la publicación de manifestaciones de literatura testimonial. Además se crearon géneros como la crónica y el reportaje que alcanzaron su esplendor y que han sido escritos con una notable excelencia narrativa.

Del periodismo el escritor ha aprendido una pauta para redactar y así imponerse tiempos determinados para culminar sus relatos, porque una de las características en la producción periodística es escribir contra el reloj. Así lo aprendieron escritores hispanoamericanos de gran connotación como Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Leopoldo Alas, entre otros. Estos escritores fueron solo algunos de los que convirtieron el periodismo en algo más que un registro sistemático de los hechos cotidianos y rompieron dogmas que también se imponían en el campo de la prensa gráfica: cultivaron el periodismo literario.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acosta Montoro, J. (1973). *Periodismo y Literatura*. Madrid: Ediciones Guadarrama.

Barthes, R. (1994). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona: Paidós.

Berner, T. *Literary newswriting: the dead of oxymoron*. Journalism Monographs No. 99). Columbia, SC: The Association for Education in Journalism and Mass Communication, 1986, pp. 402.

Capote, T. (1994). *A sangre fría*. Barcelona, Anagrama.

Chillón, A. (1999). *Literatura y Periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, Servicio de Publicaciones.

Chillón, A. Y Bernal S. (1985). *Periodismo informativo de creación*. Barcelona: Mitre.

Fernández Chapou, M. (2011). *El nuevo periodismo en la prensa hispana contemporánea. Una propuesta para los medios del siglo XXI*. México D.F.: Académica Española.

Gomis, L. (1991). *Teoría del Periodismo. Cómo se forma el presente*. Buenos Aires: Paidós.

Johnson, M. (1975). *El Nuevo Periodismo. La prensa underground, los artistas de la no ficción y los cambios en los medios de comunicación del sistema*. Buenos Aires: Ediciones Troquel.

Lukács, G. (1989). *Sociología de la literatura*. Barcelona: Península.

Martínez Albertos, J. (1989). *El lenguaje periodístico*. Madrid: Paraninfo.

Rotker, S. (1992). *La invención de la crónica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Steiner, G. (1982). *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa.

Vivaldi, M. (1973). *Géneros periodísticos: reportaje, crónica, artículo, análisis diferencial*. Madrid: Paraninfo.

Wolfe, T. (1976). *El Nuevo Periodismo*. Barcelona: Anagrama.

